

Desde 1838 á 1844 los ingresos brutos han tenido un aumento de 26 por ciento, y los líquidos uno de 28 por ciento.

El desarrollo de la industria agrícola, y sobre todo el de la manufacturera del Zollverein ha sido rapidísimo, prueba evidente de lo que tienen de beneficioso para los pueblos estas grandes Asociaciones. En 1834, el Zollverein había importado trece millones de kilogramos de algodón hilado: esa misma importación en 1843, fué de veintidós millones y medio de kilogramos. La importación de algodón en rama ha subido en ese mismo período en kilogramos de siete á diecinueve y medio millones: lo cual atestigua el desarrollo simultáneo de dos industrias, la de la fabricación y la de los hilados. De aquí ha resultado que la importación de tejidos de algodón, que en la primera de las épocas mencionadas ascendía á 800.000 kilogramos por año, ha bajado á 450.000 en la segunda. Las mismas ó parecidas proporciones ha seguido la fabricación de la seda en su desarrollo y en sus aumentos. No han sido menores los progresos en la industria que tiene por objeto las cosas de quincallería: la exportación de estos artículos, que fué de 475.000 kilogramos en 1834, ha subido á 1.245.000 en 1843.

Aquí tiene Ud. en extracto el resultado de mis estudios en la materia, que ha dado motivo á esta reseña.

## CORRESPONDENCIA VARIA



CORRESPONDENCIA

M. DE BLANCHE-RAFFIN

AL SR. DONOSO.

VILLENEUVE-SUR-LOT (Lot et Garone), Julio 15 1849.

SEÑOR MARQUÉS: Autorizado repetidas veces por la benevolencia de Ud. á manifestarle la admiración que me inspira su talento, me tomo hoy la libertad de dirigirle felicitaciones inspiradas por otro afecto nuevo. La divinidad de las doctrinas católicas, después de haber cautivado la imaginación de usted por largo tiempo, ha llegado, en fin, á revelarse á su corazón.

Cuando en el pasado invierno traduje el magnífico discurso que pronunció Ud. en el Congreso español el 4 de Enero, no preveía el bello comentario que había Ud. de ponerle, con sus dos últimas cartas al señor conde de Montalembert. Estos escritos echan el sello á la reputación de Ud., y le colocan desde luego entre los más ilustres defensores del Cristianismo en el orden filosófico y político.

Algunos antiguos escritos de Ud. hacían ya ciertamente presentir esta fase que acaba de aparecer en la evolución de su espíritu; pues entre las más preciosas páginas que en nuestros días ha producido el movimiento intelectual de España, recuerdo y he conservado dos trozos en que describe Ud. la fisonomía moral de Guizot y de Lamartine. Sin duda recordará usted todavía estos ensayos, en los cuales ya se descubre que



había Ud. previsto con clara intuición los desastres que el escepticismo y la apostasía iban á derramar sobre el mundo. Muchas veces he tenido ánimo de publicar una traducción de aquellos dos retratos, que hoy, después de los sucesos ocurridos desde la fecha en que Ud. los hizo, aparecen como comprobantes de cuanto Ud. previó al imaginarlos. Si piensa usted completar alguna colección de sus antiguas obras, me esperaré entonces para publicar en Francia aquellos admirables trozos.

Usted sabe, señor Marqués, que la noble y cristiana tradición de España no tiene en Francia apologista más apasionado que yo. Después de haber unido mis pobres esfuerzos á los que hacían Uds. en su patria para combatir el cisma religioso ó político que ha poco la amenazaba, dicho se está el sumo placer con que hoy veo los triunfos recientemente obtenidos para la unidad y la verdad por el auxilio de las armas y de la elocuencia españolas.—En estos momentos mismos estoy acabando una obra que deberá gran parte de su interés al lustre y fama de las palabras por Ud. pronunciadas: es un ensayo que publico sobre la vida y escritos del presbítero D. Jaime Balmes; en el cual me ha parecido oportuno consignar los vínculos de parentesco que ligan los pensamientos de Ud. y sus propósitos con los de aquel ilustre escritor.

Es probable que yo haga otro viaje á España; y acaso para entonces, terminada ya la misión que le retiene á Ud. en Berlín, ó antes quizá si en el desempeño de igual cargo viniere por Francia, tendré el gusto de verle y de gozar personalmente de las bondades que tantas veces se ha dignado usar conmigo. Cuando vuelva, me propongo prestar en mi país algún homenaje público á las verdades de que Ud. es intérprete tan elocuente, y tendré á grande honra haberle servido de trujamán. Con sus lecciones habré también adquirido para entonces fuerza y luces que me hagan más útil y más adicto á la buena causa. Porque ha de saber Ud. que yo soy de los que, á pesar de sus presagios (algún tanto siniestros quizá en demasía), me complazco en esperar que aún queda una gran parte

del porvenir reservada á los hombres de creencias puras y de buena voluntad.

Con el más profundo respeto, señor Marqués, se ofrece de usted afectísimo y seguro servidor,

ALBÉRIC DE BLANCHE, MARQUÉS DE RAFFIN.

AL SR. ALBÉRIC DE BLANCHE MARQUÉS DE RAFFIN.

BERLÍN, Julio 21 de 1849.

Muy señor mío y amigo: He recibido con indecible placer la carta que ha tenido Ud. la bondad de escribirme el 15 del corriente. Mi placer ha sido tanto mayor, cuanto Ud. tiene una parte que ignora en la conversión que Dios ha obrado en mí por su gracia. ¡Tan ignorados, tan profundos son los misterios de sus caminos!

Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma: pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones. Creo, sin embargo, que si en el tiempo de mi mayor olvido de Dios, me hubieran dicho: "Vas á hacer abjuración del catolicismo ó á padecer grandes tormentos," me hubiera resignado á los tormentos, por no hacer abjuración del catolicismo.—Entre esta disposición de ánimo y mi conducta había sin duda ninguna una contradicción monstruosa. ¿Pero qué otra cosa somos casi siempre sino un monstruoso conjunto de monstruosas contradicciones?

Dos cosas me han salvado: el sentimiento exquisito que siempre tuve de la belleza moral, y una ternura de corazón que llega á ser una flaqueza: el primero debía hacerme admi-



rar el catolicismo, y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo.

Cuando estuve en París traté íntimamente á M... y aquel hombre me sojuzgó con sólo el espectáculo de su vida, que tenía á todas horas delante de mis ojos. Yo había conocido hombres honrados y buenos; ó por mejor decir, yo no había conocido nunca sino hombres buenos y honrados; y sin embargo, entre la honradez y la bondad de los unos, y la honradez y la bondad del otro, hallaba yo una distancia inconmensurable: y la diferencia no estaba en los diferentes grados de la honradez; estaba en que eran dos clases de honradez, de todo punto diferentes. Pensando en este negocio, vine á averiguar que la diferencia consistía en que la una honradez era natural, y la otra sobrenatural ó cristiana.—M... me hizo conocer á Ud. y á algunas otras personas unidas por los vínculos de las mismas creencias: mi convicción echó entonces raíces más hondas en mi alma, y llegó á ser invencible por lo profunda.

Dios me tenía preparado para después otro instrumento de conversión más eficaz y poderoso.—Tuve un hermano á quien vi vivir y morir, y que vivió una vida de ángel, y murió como los ángeles morirían, si murieran. Desde entonces juré amar y adorar, y amo y adoro...—iba á decir lo que no puedo decir, iba á decir, con una ternura infinita—al Dios de mi hermano. Dos años van corridos ya desde aquella tremenda desgracia. Yo sé, como los hombres pueden saber, que está en el cielo, que goza de Dios, y que pide por el hermano desventurado que dejó en la tierra. Y sin embargo, mis lágrimas no tienen fin, ni le tendrán si Dios no viene en mi ayuda. Sé que no es lícito querer tanto á una criatura: sé que los cristianos no deben llorar á los que acaban cristianamente, porque los que acaban cristianamente, se transfiguran y no mueren: todo esto sé; y sé, por último, que San Agustín tuvo escrúpulos por haber llorado á su madre: y sin embargo, lloro y lloraré todos los días, si Dios no me da fortaleza en su infinita misericordia.

Ve Ud. aquí, amigo mío, la historia íntima y secreta de mi

conversión: he querido contársela á Ud. por desahogarme, y porque en ella, sin saberlo tuvo Ud. parte. Como Ud. ve, aquí no han tenido influencia ninguna ni el talento ni la razón: con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que la verdadera fe, me hubiera llegado la muerte. El misterio de mi conversión (porque toda conversión es un misterio), es un misterio de ternura.—No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo: y porque le amo, estoy convertido.

Pasemos á otra cosa. El servicio que Ud. ha hecho á la causa católica, haciendo conocer á Balmes, es muy grande: yo se lo agradezco á Ud. como católico, y además como español. Balmes honra á su patria: hombre de ingenio claro, agudo, sólido, firme en la fe, ágil en la lucha, controversista y doctor á un mismo tiempo, pocos han merecido como él en este siglo, dejar por herencia á las gentes una buena memoria. Ni le conocí, ni me conoció; pero le estimé, y sé que me estimaba; sólo he visto su retrato, y aun eso después de muerto. La Providencia nos había puesto en partidos políticos contrarios<sup>1</sup>; aunque, poco tiempo antes de su muerte, la religión nos inspiraba iguales cosas. Yo no sé si Ud. sabe que, cosa de un mes antes de publicar Balmes su escrito sobre Pío IX, había yo escrito sobre el mismo tema y sobre el mismo asunto. Balmes y yo dijimos las mismas cosas, articulamos el mismo juicio, formulamos las mismas opiniones. Pero lo singular del caso, y lo que enaltece sobremanera el talento de Balmes, es que, viniendo á decir después que yo lo mismo que yo, lo dijo de una manera tan propia suya, que ni por casualidad se encuentra en su escrito ni una sola de las ideas secundarias que yo había explanado en el que publiqué poco antes.—¡Prueba insigne de la riqueza de su arsenal y de la abundancia de sus armas!

<sup>1</sup> No es exacta esta expresión: el partido político en que militó Balmes, descansa en la verdad divina: en él puede y debe decirse que le puso la Providencia, mas en aquel otro en que militó y de que abjuró con gloria Donoso, partido contrario formalmente al católico, la Providencia no puso á este ilustre adalid, sino simplemente permitió que en él militase, acaso porque el ejemplo de su conversión y las admirables líneas con que esta admirable carta la describe, abriesen los ojos á muchos de los que caminaban y caminan en las tinieblas del liberalismo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)